

## TRIMESTRE DÉCIMO-QUINTO.

CAPILLADA 330. Abril 16 de 1844.

# FRAY GERUNDIO.

## Epístola 8.<sup>a</sup>

ALJECIRAS 3 de abril.

### EL RAPTO.

Pues como tube el honor de indicaros en mi última, amados leyentes míos, á las 6 de la mañana del día 1.<sup>o</sup> cuando la tripulación se hallaba esperando la falúa inglesa de sanidad para entrar en la plaza hecho que fuese el reconocimiento, étele que se presenta otra falúa de sanidad por otro lado. Era una comision de la Milicia Nacional de Algeciras, representada por tres de sus dignos gefes, bogada la barca por diez remeros milicianos, que eso es lo que les toca siempre á los nacionales de España, llevar el remo para que otros naveguen en bonanza. Mas aunque nos estábamos viendo á corta distancia

ni podian acercarse al buque, ni podiamos hablarnos siquiera por si acaso con la voz nos contagiábamos que tal es en este punto el rigor de los ingleses. En esto llegó la falúa de sanidad de Gibraltar y hallóse Fr. GERUNDIO entre dos sanidades, cosa que no podia dejar de ser de buen agüero para su salud, siendo al mismo tiempo el vice-versa de la España á quien el comunicado del hermano Linage, *absque eo quod intrinsecus latet* ha colocado entre dos enfermedades, puesto que si la cuestion de regencia se resuelve por la Trinidad nos amenaza un acefalismo peligroso y terrible, ocasionado por la retirada del hermano Duque, y si se resuelve por la unidad se espone él y nos esponemos todos á una apoplegia que nos lleve Dios, ó el enemigo malo; y bien pudiera el hermano Baldomero acordarse del bamboléo de la columna de la Puerta del Sol en enero, y del mas peligroso que mi paternidad le predijo aguardarle en la primavera de resultas de los aires marciales, que por su bien y por el nuestro y no con otro algun fin anticipadamente mi reverencia se lo anunciaba.

Concluido el reconocimiento sanitario y fallado no haber lugar á la formacion de causa en punto á sanidad contra el buque, la comision de Aljeciras pasó á bordo, y como si Fr. GERUNDIO y TRABEQUE fuesen dos Helenas ó Proserpinas, asi nos robaron á varios patriotas de Gibraltar que consigo llevarnos querian. Bien es verdad que á la consumacion del rapto contribuyó la favorable predisposicion gerundiana como los raptos de las diosas y de otras hermanas que no son diosas pienso yo que no se verificarían si ellas no estuviesen dispuestas á dejarse robar. Y para ésta disposicion del ánimo tuvo mi paternidad presente que como español ni podia desairar ni debia dejar de dar la preferencia á un pueblo de España que de todos modos pensaba ver, y á unos españoles de España que con tan fina y obsecuente mision habian ido.

El caso fue que cuando nos hallábamos ya cerca

de Aljeziras, ocurrióme preguntar á TIRABEQUE si habia pagado el almuerzo-cena que en el buque habiamos hecho.—Señor, me dijo, yo no he pagado nada, ni vd. me lo ha mandado tampoco.— Hombre, ó diablo, ¿qué es lo que dices? ¿Habia necesidad de que yo te lo mandara? ¿Tú no vienes echando plantas en todo el viaje, diciendo en todas partes: «entiéndanse vds. conmigo que soy el mayordomo.» Buena fama habremos dejado en el buque; buena (la) llevaremos por esos mares de levante! ¿Qué se dirá de nosotros, lego insolvente (1)?—Señor, no se apure vd. que todo eso no vale nada; algo peor es quedar debiendo un empleado muchos miles á la nacion de resultas de un alcance, y no por eso el individuo ha dejado de ser nombrado intendente.—¿Es posible, PELEGRIN, que ni en el mar has de prescindir de las alusiones personales? Si fue nombrado intendente, no creas que lo ha sido sin descontarle una tercera parte del sueldo hasta cubrir el alcance ese; que con otra tercera parte que ahora como á todos los empleados de su clase se rebaja, le queda solo la tercera *tercera*, que harto apurar la materia es para un funcionario de tal categoria.

La falua en que veniamos (y no parece sino que FR. GERUNDIO está destinado por la providencia á viajar en documentos históricos) era la misma que el año 36 habia apresado la junta rebelde de Córdoba. TIRABEQUE ocupaba el asiento que ocupó entonces un D. José Maroto sobrino del conde de Casa-Maroto, de cuya mano habiamos visto pintados unos cuadros en las paredes del departamento que habitó en la cárcel de Cadiz, cerca de donde hay ahora unos oficiales facciosos prisioneros, esperando el fallo del expediente que hace tres años se les formó, y allá van indultos para los que entraron en Francia con las armas en la mano. El gobier-

---

(1) Efectivamente se nos olvidó pagar el almuerzo, ó cena, que por la hora no es fácil decidir lo que fue.

no premió largamente á los barqueros que hicieron el apresamiento de dicha junta concediendo á dos de ellos la cruz de Isabel II, los demas *participantes in præda* se quedaron sin cruz; pero los pobres barqueros desairados se mostraron tan conformes diciendo: «¿qué lo hemos de hacer? Ya sabemos que el gobierno es así.» Resignacion y filosofía barquera que no tienen nuestros generales de alto bordo.

Al llegar al muelle (1) nos saludó con el himno de Riego la banda de música de la Milicia Algecireña, á quien estos beneméritos nacionales habían hecho la afectuosa locura de mandar anticipadamente colocarse en aquel punto, y nuestras exclaustradas humanidades entraron en esta de Algeciras entre las demostraciones cariñosas de un pueblo numeroso, que despues las ha multiplicado hasta un grado que á mi paternidad le fuera imposible y ruboroso explicar, y perdónenme. Mas no me es ruboroso el descubrimiento que en el banquete cívico de hoy se sirvió hacerme el hermano Carvalho uno de los hermanos mas beneméritos, que noticioso de algunas circunstancias de los festejos de Jerez, se sirvió entre otros brindis dirigirme las siguientes décimas:

Respeto á su reverencia,  
difiero á su ilustracion,  
sé que busca sin pasion  
la verdad, y con conciencia:  
sin embargo una advertencia

---

(1) Lo llamo muelle, por llamarle algo, aunque no lo es: la naturaleza ha hecho cuanto ha podido para que pueda facilísimamente y á poca costa construir un muelle en la bahía de Algeciras, que seria imponderablemente útil á todas las embarcaciones que arriban á Gibraltar, al pueblo y á la España toda, pero es la desgracia que desde que el gobierno español está reñido con la naturaleza, que ya va tiempo, no se puede hacer ninguna obra de esta elase.

le hago á su paternidad,  
y es que se halla en la ciudad  
que enarbolo la primera  
en setiembre la bandera,  
y proclamó libertad.

— — —  
Sirva de contestacion  
á los nobles Jerezanos,  
que aunque son nuestros hermanos  
y es una nuestra opinion,  
fuera grave sin-razon  
dejarnos ora usurpar  
derechos que atestiguar  
puede la imparcial historia:  
de Aljeciras fué la gloria,  
y de su junta auxiliar.

— — —  
Pláceme, hermanos míos, pláceme, les dije yo,  
el ver que los pueblos se disputan el derecho de  
primicia del pronunciamiento de setiembre en es-  
ta provincia, y consúeme esta idea tanto como  
me contrista el empeño que otros muestran por-  
que se olvide, ó porque el espíritu que le guió se  
tuerza y estravie. « En efecto mi paternidad leyó un  
documento oficial de la Junta de gobierno de Cá-  
diz en que pone á la Milicia de Aljeciras y los  
barrios en el lugar que ellos me manifestaron cor-  
responderles.

— — —  
**GIBRALTAR DE... . INGLATERRA 6. de abril.**

Ahi donde veis esos puntos del pueblo de la fecha  
en que actualmente me hallo, amados lectores míos,  
ahi por un natural impulso y sin saber lo que me ha-  
cía habia yo escrito «*España,*» pero cayó un *botron*

sobre la España, y tube que poner mas adelante «de Inglaterra.»

Salimos pues de Algeciras la mañana del domingo de Ramos, el mismo dia que la conquistó D. Alonso el Onceno hace 497 años justos, acompañados de varios gefes y soldados de la milicia, por tierra, ó por mejor decir, por arena, con el objeto de ver la ciudad de San Roque. Al pasar la barca del rio Guadarranque nos esperaban ya varios de los gefes y soldados de la de esta última ciudad, que previas las felicitaciones de costumbre continuaron incorporados con nosotros. No bien habíamos andado un cuarto de legua por un camino de perdices (pues aunque se principió un arrecife el año 38, continúa en el año 41 *sicut erat in principio*, la junta directiva de Algeciras sabrá por qué, y yo tube bastante para conocer que todavía estábamos en la España que lo principia todo y no concluye nada), cuando vimos que nos salian al encuentro cuatro al parecer caballeros (y en verdad que lo habian sido, pero hacia media hora que lo habian dejado de ser), los cuales acercándose á nosotros y dirigiéndose al que por su trage les pareció sin duda que podia ser el gefe de la comitiva, empezaron á hablarle asi: «*We were robbed on the first venta veyod San Roque...*»=El hermano, que asi debería entender el inglés como TIRABEQUE y su amo, creyendo que saldrian á felicitar al reverendo viajero como otra comision de habitantes Calpenses que á Algeciras habia ido, no dudó que preguntaban por FR. GERUNDIO, y señalándoles hácia mí les decia: «El señor es, el señor: á San Roque va, si señores.» Los buenos de los ingleses continuaban diciendo: «*by á party of higuebay-men armed with pistols and caravines.*» Pero nuestro conviajante á todo les contestaba: «aquí le tienen vds, este es.» De modo que los ingleses le decian que acababan de ser robados en la primera venta de San Roque por unos ladrones armados de

pistolas y carabinas, y el hermano compañero señalaba hacia mí como si yo fuese el ladrón. Ellos se quedaban suspensos no reconociendo en el caballo que yo llevaba ninguno de los suyos y no pudiendo creer que fuese de tal profesion quien de aquella manera y con tales gentes por los caminos andaba. Con cuya equivocacion tubimos despues un rato de amistosa broma; solo que TRABEQUE preguntaba: «diga vd., señor, ¿y los habitantes de Gibraltar son todos de estos *jángles-jingles*? Porque en ese caso cuénteme vd. mudo como *en illo el témporis* hasta que volvamos á tierras donde hablen en cristiano.»

Seguimos paseando la vista por aquellos campos hasta donde llegó el rebelde Gomez en su escandalosa expedicion; por aquellos campos regados con sangre liberal, de la cual solo se ha recogido por fruto la ingratitude ó el olvido del gobierno. Afortunadamente cuando alguno estaba ya muy próximo á regarlos con lágrimas de indignacion y sentimiento, llegamos á San Roque, donde tambien fuimos recibidos con esmeradas demostraciones de aprecio y amistad. Mi primer cuidado fue visitar la iglesia castrense por tener el gusto de contemplar el sitio donde segun mis gerundianas noticias está sepultado el distinguido autor de las Cartas marruecas, el ilustre literato español *Cadalso*, que murió siendo coronel en el sitio de Gibraltar de 1782 de un casco de granada. Ni una pequeña losa, ni una miserable inscripcion, ni un ténue vestigio hay sobre aquel sepulcro que recuerde al digno compatriota que alli descansa ignorado; y asi hube de contentarme con recitar para mí aquella famosa oda en que llorando la pérdida de su amigo decia el hermano Melendez Valdés:

«Tú que mis ojos á llorar provocas,  
y al hondo abismo tocas,  
memoria infausta de mi triste amigo... &c.»

Compromisos adquiridos en Gibraltar acerca

de la llegada á esta plaza me impidieron complacer á los San-Roqueños en sus instancias para que permaneciese por algun tiempo mas en aquella ciudad. Sin embargo hubimos de aceptar el banquete que tenian dispuesto, y á que asistieron las autoridades, individuos de ayuntamiento, y gefes de la milicia, y salimos de San Roque aumentado el caudal gerundiano con algunas monedas romanas de cobre halladas en las ruinas de la antigua Carteya que alli fue; no tan tersas, vistosas y agraciadas como algunos bustos que se asomaban á los balcones de la nueva ciudad, pero como decia TIRABEQUE, estos son de los que no se pueden llevar en el bolsillo. Carteya está todavia mas abandonada que Itálica: sin embargo no dejan de descubrirse de tiempo en tiempo algunos monumentos preciosos de la primera colonia que tubieron los romanos en España, haciendo veces de comisionado anticuario ó arqueológico del gobierno algun buey que al ir arando suele meter la pata en algun vaso linfático ó en alguna urna cineraria, ó bien la reja misma del arado que levanta á veces una lápida imperatoria, que en lugar de servir para un museo sirve para piedra de hogar de la cocina de un labrador, que lo mismo viene á ser. Es tal el grado de civilizacion de nuestra España que hasta los bueyes enseñan al gobierno á descubrir Pompeyas y Herculanos.

---

## EL ALCALDE DE LA CAMPANA.

A poco rato de nuestra salida de S. Roque tubimos el gusto de encontrar á nuestro digno cónsul en Gibraltar, que se dignó honrarnos con su compañía. Al llegar al pueblecito llamado el Cam-

pamento nos llamó la atención el oír la campana de la iglesia que echada á todo vuelo llenaba los aires con su agudo sonido. Creimos que se estaría celebrando alguna festividad propia del día, pero vino á desengañarnos el alcalde del pueblo, que saliéndonos al encuentro y dirigiéndome la palabra me dijo: «Padre FR. GERUNDIO, yo no tengo aquí otra cosa con que obsequiar á vd. ni yo entiendo mucho de eso de paternidad, pero sé que es vd. mas que obispo, y he mandado tocar la única campana que hay en el pueblo: vd. disimulará.» Contemplad, amados lectores, si nos haria gracia la ocurrencia orijinal y la sencillez del bueno de D. Manuel Iniesta, que luego supimos ser uno de los liberales mas probados, como que despues de sus persecuciones ha dado voluntariamente á la patria para el servicio de las armas el hijo único que tiene. ¿Qué puede pedir FR. GERUNDIO á un hombre que toca á FR. GERUNDIO la única campana que hay en el pueblo, y ofrece en las aras de la patria al hijo único que Dios le ha dado?

Lo que es de mas que Obispo, acaso solo habrá calificado hasta ahora á FR. GERUNDIO el hermano Iniesta, pero de tanto como Obispo ya hace dias que estaba calificado en Gibraltar, pues con motivo de mediar la circunstancia de hallarse preso en un castillo el obispo D. Fr. Enrique de Hughes, vicario que era de los católicos de esta plaza, y de cuyas hazañas mi paternidad habló bastante en la capilla 319, no habia medio de hacer que se conformase la plebe del pueblo católico adicta al obispo con que se permitiese entrar á FR. GERUNDIO en Gibraltar: » ¿con qué viene, so decian unos á otros asustados, ¿con qué viene ese FR. GERUNDIO á ser nuestro vicario en lugar de nuestro señor Obispo? Bueno será él cuando nos le envian de España: permita Dios que no le dejen entrar.»

Yo no sé si sería por efecto de estos temores, ó sería por otras causas ó aprensiones desconocidas para mí, ello es que en la policia se recibieron ciertos

†

avisitos preventivos para que se prohibiese á mi reverencia la entrada. Pero todo lo habian desvanecido facilmente los devotos gerundianos, y á mi llegada todo lo encontré franco, corriente, espedito y sin obstáculo ni dificultad.

## ¡Ay qué línea!

Cuando piensa uno en ciertas líneas no quisiera que hubiese matemáticas ni matemáticos, geometrias ni geómetras, rectas ni curvas, paralelas ni espirales, por no traer á la memoria con su nombre la línea de Gibraltar.... ¡Ay qué línea, señores!

En fin para mayor dolor al dia siguiente de nuestra llegada dispuso el general inglés *Sir Alexandre Woodford* una revista general de todas las tropas de la guarnicion, que serán unos cuatro mil hombres, la cual se verificó en el campo neutral cerca de la línea de España. Con este motivo el general tubo ocasion de ostentar la brillantez y disciplina de sus tropas, y mi paternidad la de observar el esmero que el gobierno británico con ellas tiene. Por cierto que el bueno de mi PELEGRIN no apartaba ojo del batallon de escoceses que con sus ricas plumas negras de avestruz en las gorras, sus casacas encarnadas, su elegante banda pendiente de los hombros, sus enaguillas de tela de cuadros, sus borlas blancas en la delantera, sus piernas desnudas hasta medio muslo, y sus ligeras sandalias ceñidas á la caña de la pierna con cintas encarnadas, unido á sus altas tallas y sus cabellos dorados, presentan una visualidad tan extraña como agradable que entretiene con placer la atencion del forastero.

Ya se vé, el ojo español gerundiano natural-

respondí, puesto que efectivamente es un judío. —¿Y hay aquí muchos de estos, señor?—Muchísimos, hombre, como que casi constituyen la mayoría de la población.—Señor, entonces vd. perdone, pero yo me vuelvo á España. ¡Ah, señor! vd. me ha traído engañado: si cuando salimos de Madrid me hubiera vd. dicho que veníamos a tierra de judíos, podía vd. haber buscado otro que le acompañara en el viaje, y yo me hubiera quedado cuidando de la celda.—No hay que apurarse, PELEGRIN, no hay que apurarse, que aquí se encuentra de todo:» aquí tienes, es verdad, bastantes judíos, como que hay para ellos cuatro sinagogas, pero hay también moros mahometanos, hay protestantes, hay metodistas y hay igualmente católicos.—Señor, á los últimos me agarro, que yo traigo una fé como ese peñon que tenemos delante, y quien quiera condenarse que se condene; creo en Dios padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra..... Y diga vd., mi amo; ¿hay también aquí de esos que llaman unitarios y trinitarios?—Te digo que aquí hay de todo, PELEGRIN. Aquí hay unitarios y trinitarios; aquí hay republicanos y carlistas; aquí hay miguelistas y masones; aquí hay también hasta requesoneros, y hay muchos y buenos liberales que han trabajado mucho y sacrificado sus intereses y familias por la causa de la libertad española. Y lo particular es, PELEGRIN, que á la sombra de ese peñon que allí ves y al abrigo de aquel pabellon extranjero que verias á la entrada, aquí cada uno trabaja libremente en favor de su partido, y cada uno conspira todo lo que puede, y nadie se mete con ellos, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga. Lo mismo es este pueblo en materias de política que en materias de religion, y que en materias comerciales, un *pot-pourri* que el diablo que le entienda; si bien generalmente domina el espíritu de libertad.—Señor, esto es una Babilonia y un *man-manun* en pequeño. ¿Vd, dónde me ha traído, señor?»

Pero ya se le vá haciendo la vista á ver ju-  
díos, porque en Gibraltar no puede salirse de ca-  
sa sin encontrar muchos de ellos. Asi es que Tri-  
RABEQUE los ve ya sin susto y sin estrañeza: él no  
conoce sino á los que visten traje hebréo, que por  
lo regular llevan la barba larga ó bien un filetito  
estrecho de barba formando un semicírculo á seme-  
jante del filete de pelo que en derredor de sus ra-  
surados cráneos se dejaban nuestros monjes Bene-  
dictinos. A los que visten á la española no los distin-  
gue de los cristianos. Un sentimiento tiene y es  
que por mas que los sigue con la vista á todas par-  
tes, por mas que los mira, los examina y los ob-  
serva, dice que no ha podido lograr todavía ver-  
les eso que dicen que tienen los judíos, el rabo:  
por lo cual se inclina á creer que eso del rabo es  
cuento de muchachos y de viejas, y que los judíos  
son hombres como nosotros, ni menos ni mas.

Tanto les ha perdido el miedo, que ya me ha  
acompañado dos veces á ver una de sus sinagogas,  
la de mas lujo entre ellos, que es la de la mura-  
lla. La primera fue anteanoche; la tribu acababa de  
salir de rezar sus oraciones, pero el sacerdote *Ha-*  
*zan* y uno de sus *sabios* ancianos que cerca del  
templo estaban todavía, noticiosos de que se ha-  
llaba allí mi paternidad se nos acercaron y se pres-  
taron muy atentos á informarnos de cuanto acerca  
de sus ritos saber quisiéramos. El templo estaba  
iluminado por multitud de lámparas de varios ta-  
maños, de plata unas y de bronce otras, y de mu-  
chos vasos tambien de diferente magnitud que ha-  
cian de lamparillas. En el testero de la pared don-  
de entre nosotros se coloca el altar mayor se leen  
los preceptos del decálogo escritos en dos tablas  
en abultados caracteres hebréos. Debajo hay una  
especie de alacena cubierta con dos cortinas de  
terciopelo carmesí bordado de estrellas de oro,  
las cuales se descorren por medio de un cordon  
dorado, y abriendo las dos hojas de madera se  
encuentran encerrados allí los cinco libros del Pen-

mente se volvía hácia la línea de España, que está del sitio de las maniobras unos pocos pasos, como ansioso de encontrar un cuerpo brillante de tropas españolas en contraposición de las inglesas, como el decoro nacional exige, y como la seguridad misma del estado y sus intereses reclaman. Pero ¡oh desconsuelo! ¡oh secatura! ¡oh admirable sosera gubernamental de mis paisanos! Toda la guarnición española que se vé en la línea de Gibraltar consiste en una cuarta de compañía al mando de un subteniente. «¿Qué dirán (esclamé yo en voz alta sin poderme contener) ¿qué dirán los extranjeros al ver el número y brillo de las tropas inglesas de la guarnición, que ellos cuidan muy bien de ostentar, y su servicio riguroso de campaña, y ese peñasco erizado de cañones, cuando se dirigen despues á la línea de España y encuentran por todo ejército un piquete como el que vá á hacer la guardia todos los dias á la fábrica de cigarros de Madrid, las fortificaciones y cuarteles del campo de S. Roque reducidos á escombros, raso y desmantelado todo á guisa de robado hospital? ¿Qué idea formarán de nuestro pais los estangeros de todos los paises del mundo que cada dia á esta plaza acuden? ¿No hay un batallon siquiera de los de ese ejército español capaz de asustar á la Europa, que poder mandar á esta línea para que vean los ingleses y los extranjeros todos que en España tenemos ejército ya que otra cosa no tengamos?

Si señor que hay, me contestó PELEGRIN que escuchándome sin yo advertirlo estaba: batallones tenemos, y muchos, tan bien vestidos y mejor que los corolados estos que así Dios me salve sino parecen todos cangrejos de medio cuerpo arriba; pero los batallones nuestros están mejor al rededor de Madrid metiendo miedo á la corte y á las cortes. —¡Qué diferencia, TIRABEQUE, del trato que se da á estos soldados al que se da á los nuestros! Estos bien vestidos, bien pagados, bien comidos; en la carniceria escojen siempre la mejor carne, y si la

que les dan no les parece buena, se la arrojan al carnicero y hacen que les dé otra mejor. Los nuestros mal alimentados, sin pagas, descalzos muchos de ellos...—Así es la verdad, señor; pero que se pongan estos guapos con nuestros desfarrapados; que se pongan estos coloraditos que tanto comen, tantos á tantos con nuestros hambrientos; que salgan ahí á esos campos de Dios y se arme una chamusquina á ver de cuáles vuelven menos á los cuarteles á contar lo que han visto.

---

## LOS JUDÍOS.

Entró pues FR. GERUNDIO en Gibraltar el domingo de Ramos, el mismo día que hizo Jesucristo su entrada en Jerusalem. Acompañábame una alegre comitiva, y esperábanme los judíos con impaciente curiosidad; porque ellos habian oido hablar de la venida de FR. GERUNDIO, y decian: «¿quién es este cristiano que viene á celebrar con nosotros la pascua (1)?» Las gentes no me recibieron con palmas ni olivas, pero habríanse las ventanas y balcones de las casas, y llenábanse de curiosos espectadores. Señales debian ser todas estas de no muy buen agüero para un cristiano; así es que he determinado no estar el viernes aquí, aunque me cueste volver, no sea que me crucifiquen y es cosa que pienso no me habia de divertir.

Señor, me dijo TIRABEQUE, tan luego como entramos en la calle real, mire vd. que vestimenta tan rara trae aquel hombre; y tiene cara de judío, mi amo (2).—Nada tiene eso de particular, le

---

(1) En estos días estan ellos celebrando la pascua, en cuya ceremonia hay cosas curiosísimas que no tengo ahora tiempo de referir.

(2) Encargo muy particularmente á los cajistas que tengan mucho cuidado en poner una coma despues de *judío*.

tateuco escritos en pergamino y enrollado cada uno en un cilindro de madera con sus elegantes remates de plata afiligranada, y cubiertos con una manga de terciopelo al similitud de nuestras cruces parroquiales.

TIRABEQUE estaba pasmado de ver aquellas cosas y de oír á los judíos explicarse conmigo en español, y que mutuamente hablábamos de la historia del pueblo de Israel contenida en aquellos tumbos, becerros ó pergaminos, y poco le faltaba para sospechar de la fé de su amo al ver que no le eran desconocidos los puntos principales de su creencia, sin hacerse cargo el pobre lego que la ley de los judíos es el mismo Antiguo Testamento que admitimos los cristianos, con la diferencia de no creer ellos en la Nueva ley como nosotros.

La segunda vez que asistimos á la sinanoga fue ayer mañana. Cuando entramos los hallamos en el patio que antecede á la noga y que yo llamo el patio de las palmas, por las palmeras que en derredor de sus paredes tienen. Estaban todos agrupados y en pie, rezando á grandes voces, y leyendo cada uno en su libro escrito en hebreo. Era el *saludo al sol nuevo*, ceremonia que solo hacen de 28 en 28 años y solamente en día correspondiente al de ayer; por lo que me felicité de la casualidad de haber llegado en tan oportuna ocasión. Es el caso que los judíos creen que cada 28 años renueva Dios el sol en determinado día, que era ayer. A la hora del alba habían salido todos juntos á puerta de tierra á verle salir, y le hallaron mas grande que otros días y horadado con muchos agujeros. Triste del que hubiera intentado persuadirles que aquello era una preocupación: hubiera sido maldecido por ellos en nombre de *Adonai*.

Concluidas que fueron las oraciones al Sol, entraron en el templo, y nosotros nos colamos con ellos tambien. Invitáronnos muy atentos á sen-

tarnos junto al lugar sagrado, y nosotros admitimos su fina distincion. Todos estaban con el sombrero puesto, como de costumbre tienen, y poco faltó para que TIRABEQUE me comprometiera con este motivo, pues como cristiano de cinco suelas y como castellano de mazo y martillo no pudo menos de decirles: «bien se conoce que son vds. judíos, ¿por qué no se quitan el sombrero supues- to que estan en el templo de su Dios?—Porque así es nuestro rito, le contestó prudentemente uno de ellos: ¿los cristianos estan vds. siempre en la iglesia sin sombrero?—Sí señor, siempre, menos en tiempo de elecciones, que entonces todos pa- recen judíos.»

Uno de sus sabios acompañado de otros dos subió á una especie de tribuna que en medio del templo habia, y allí pusieron á pública subasta las bendiciones del dia, que quedaban rematadas en el mayor postor, subiendo las pujas á cuatro, seis, ocho, diez, doce ó mas pesos, segun el va- lór que se da á la oracion ó bendicion, cuyo pro- ducto se reparte despues entre los pobres de las tribus. El derecho de abrir el santuario para sacar los libros santos y leer en seguida las ora- ciones quedó rematado en el que mas inmediato á nosotros estaba, el cual llevaba como otros mu- chos una especie de manteleta blanca de raso, *tolete*, en cuyos cuatro extremos tenian un flue- quecito dividido en varios nudos muy significativos y muy misteriosos entre ellos.

TIRABEQUE preguntó con mucha curiosidad don- de estaban las judías, puesto que no se veía nin- guna por allí, á que contestaron que solo asistian al templo una vez al año, y que entonces se colocaban en una galería ó balaustrada que rodea el templo por la parte superior.

Sacaron su Biblia, desenrolláronla, y comen- zaron á leer y cantar con la mas ardiente fé del mundo sus oraciones acerca de la salida de los is- raelitas de Egipto, que era el misterio del dia.

En esta ocupacion los dejamos, porque era la hora en que nos llamaban otras atenciones.

**LOQUEBANTUR VIRIIS LINGUIS:**

**HABLABAN EN DIFERENTES IDIOMAS.**

Los hermanos Calpenses no están menos obsequiosos con los dos ex-conventuales viajeros que los hermanos de la Bética. Entre otras demostraciones hemos tenido hasta ahora la grata precision de aceptar dos solemnes convites, uno que ellos titulan *de particulares adictos*, y otro á nombre del *pueblo católico*. En este segundo tenian colocados en la pared del testero los estandartes español é inglés como en signo de la union y alianza que debe haber entre las dos naciones. Singular y notable era, y no poco confuso tenia á TIRABEQUE la mescolanza internacional de personas é idiomas que en uno y otro habia, pues se encontraban en la reunion españoles, portugueses, ingleses, italianos y franceses, cada uno de los cuáles se explicaba en su lengua, *loquebantur variis linguis*, si bien los idiomas dominantes eran el español y el inglés.

Brindóse por la libertad y felicidad de España, por la sincera alianza de las dos naciones, y por los demas objetos del cariño de los liberales de todos los paises. Cada vez que FR. GERUNDIO ó TIRABEQUE anunciaban un brindis conmovíanse todos alegremente, y procuraban imponer silencio diciendo: «*A toast, á toast; un brindis, un brindis.*» Y para demostrar la complacencia con que le habian oido exclamaban entusiasmados: «*Three times three,*» que es decir, que era necesario celebrarlo con tres veces tres palmadas de aplauso como efectivamente lo ejecutaban todos á la una, gritando por otras tantas veces: «*Hip, hip, hurrah: bravo, bravo, que viva.*»

Todo esto le hacia á Tirabeque una novedad extraordinaria, pero ninguna de las arengas y brindis con que nos honraron le hizo tanta gracia como el de uno de los italianos que con una copa de *joch* en la mano dijo:

Viva Girundio  
con su pareca,  
per che no peca  
de variation.

Que queria decir: Viva Fr. GERUNDIO con su compañero el lego, porque no adolecen de inconsecuencia ó inconstancia.»

En esta reunion tubo mi paternidad la complacencia de observar que asi como en lo relijioso la unidad de creencia confraterniza á los hombres de todos los paises, asi en lo político el liberal que ha dado pruebas de honradez y buena fé encuentra acogida, cariño y hasta entusiasmo entre los liberales de todos los pueblos.

---

## LAS ESCABACIONES DEL PEÑÓN

La mañana del miércoles, despues de celebrado el santo sacrificio de la misa en el templo de los católicos determinamos ir á visitar las famosas escabaciones del peñon; y no fue poca gracia la que debimos al gobernador de la plaza en habilitarnos de la competente licencia, habiendo recibido hace un mes orden espresa de su gobierno para que no se permita á ningun extranjero visitarlas. Imposible me es, á mi, GERUNDIO el español; que estoy siendo un extranjero hallándome en territorio que la naturaleza hizo de España! describir hoy las admirables obras de fortificacion que los ingleses han hecho en este gigante de piedra que parece hallarse recostado tranquilamente en el mar, seguro de que este en ningun tiempo se

ha de atrever con su grandeza. Baste decir que además de las vastísimas concabidades que la naturaleza en él ha formado, obra sublime y magestuosa del Todopoderoso, que no se puede contemplar sin respeto, está por todas partes horadado á barreno, formando estensísimas y sinuosas galerías abiertas en peña viva, por cada uno de cuyos numerosos boquetes asoma la mortífera boca de un cañon de á 24, que en todas direcciones y hasta la cúspide del peñon vomitarían el hierro destructor contra los que tubiesen el atrevido pensamiento de acometer la plaza. Hay dentro de las mismas galerías anchurosos salones, como el llamado de S. Jorge y otros, en donde se hallan también en mayor número los instrumentos de muerte. En su superficie hay también respetables baluartes y abundantes almacenes de pólvora y proyectiles. Ni en la ciudad ni en el monte se da un paso sin tropezar con un centinela: más de mil piezas de batir se hallan montadas en la plaza, y no se tardará un mes sin que completen su lujoso aparato festoneándola de cañones de sesenta y ochenta, de esos que se acaban de inventar. A la orilla del paseo público de recreo se encuentran rimeros de balas, bombas y granadas: la estatua del general Elliot que adorna uno de sus cuadros de flores se ve acompañada de un cañon á la derecha y un mortero á la izquierda: parece que se han sembrado las piezas de batir, y el cuidado con que la guardan los ingleses parece indicar que temen se la arranquen de las manos.

Hay en el monte hácia la parte de la llamada punta de Europa abundancia de monos, que los ingleses no permiten cazar, y que TIRABEQUE tubo el sentimiento de no poder ver; que si ellos tubieran algo que poder echar en cara á otros diríamos que habían huido espantados de la original figura de mi lego. Con mucho trabajo y fatiga hemos podido llegar á la altura del Hacho, ó sea la vigía ó torre de señales, colocada en la cima

del peñon. La pata de TIRABEQUE llegó lastimosa y miserablemente estropeada, y yo he temido subir sano y bajar cojo, subir FR. GERUNDIO y bajar TIRABEQUE. El alma gerundiana se eleva sublimemente contemplando desde esta cumbre las costas de Africa y de España, el Atlas fabuloso que sostenia el cielo y que desde aqui me parece tenerle á mis pies, el estrecho de los dos mares que escogió el gigantesco Calpe para bañar sus miembros de piedra, el monte Abila, compañero subordinado de Calpe, que parece estar aguardando como un centinela avanzado de la tierra al otro lado del estrecho á que el gefe le comuniqué sus órdenes de palabra por encima de las ondas con otronadora voz. Yo me siento misteriosamente arrebatado al contemplarme en una de las columnas de Hércules, como un pigmeo que descansa fatigado sobre uno de los miembros de un gigante.

Hemos descansado un rato en la casita del sargento permanente de la guardia, el cual ha tenido la bondad de regalar á mi reverencia un librito y un corazon labrados de la esquisita piedra de la cueva de San Miguel y pulimentados por los mismos soldados (¡ah! un corazon de piedra es lo que se necesita para no llorar en este sitio; el libro no era necesario; harto se lee en las sublimes páginas de la historia que desde aqui se alcanzan á ver!) hemos tomado un vaso de cerveza, y yo me siento animado, carísimos lectores míos, para dirigir dos palabras á mis compatriotas desde la elevada cumbre á que la Providencia me ha permitido subir.



## SERMON

**QUE EL MIERCOLES SANTO PREDICA FR. GERUNDIO A LOS ESPAÑOLES DESDE EL PEÑON DE GIBRALTAR.**

Espanoles: ¡qué diferencia del año pasado á este! En el año 1840 pasó vuestro FR. GERUNDIO la

semana santa entre católicos y paisanos viendo la  
 cara de Dios en la plazuela de Afligidos de Ma-  
 drid y la cara de la reina Cristina en la capilla  
 de palacio; y el año 1841 la paso en un pue-  
 blo extranjero entre hombres de todas las sectas  
 viendo en este momento el rostro de un sargen-  
 to inglés, afligido yo, y él satisfecho y gordo. La  
 reina Cristina la pasó tambien entre españoles que  
 todavia esperaban en ella como en el Redentor y  
 este año la pasa en Roma haciendo confesion ge-  
 neral con el Papa, muy arrepentida del bien que  
 nos hizo y con verdadero dolor de no haber he-  
 cho lo que pudo hacer. El año pasado atravesé por  
 la alcantarilla de Leganitos temiendo que los chis-  
 peros me hiciesen dejar el sombrero en prendas al  
 pasar por la tabla que pusieron en la corriente, y  
 este año la paso temiendo que un centinela inglés  
 me ponga arrestado con arreglo á instrucciones si  
 me ven andar por la calle desde cierta hora de la  
 noche, como hacen con todo el que se descuida en  
 este pueblo donde dicen que hay tanta libertad.  
 ¡Oh que diferencia de una á otra semana santa,  
 españoles míos!

Desde este elevado sitio, hermanos míos muy  
 amados, estoy viendo el rumbo que llevó nuestro  
 valiente y alevosamente engañado Torrijos cuando  
 partió de esta plaza con el lisonjero proyecto de  
 restituir á su patria la libertad. No hay en el pue-  
 blo persona, no hay familia, no hay casa, no hay  
 piedra, no hay punto en esta costa, no hay ola en  
 este mar, que en lenguaje articulado ó mudo no  
 me hable de aquella ilustre víctima y de tantas  
 otras victimas sacrificadas con él. Y desde aquí es-  
 toy viendo tambien los pueblos en donde se pasean  
 tranquilos (tranquilos del gobierno, no tranquilos  
 de conciencia, si tienen conciencia de sentir) al-  
 gunos de los que al sacrificio de los héroes coope-  
 raron y contribuyeron. Bienaventurados sean ellos  
 si los empleos que algunos disfrutaban por el gobier-  
 no les pueden aprovechar, y bienaventurado sea

el gobierno si el resultado de estos servicios le puede aprovechar también.

Españoles: desde aquí estoy viendo el campo de S. Roque con su línea de fortificaciones demolidas; sí, españoles míos; demolidas desde la guerra de la independencia á petición de los ingleses sól pretesto de que podrían servir á los franceses, nuestros comunes enemigos entonces, para hostilizar desde ellas las escuadras de su nacion, pero obligándose á volverlas á levantar á su costa tan luego como aquella guerra se concluyese. Pero ¡ay llamados españoles míos! la guerra se concluyó; pero las fortificaciones no se han vuelto á levantar. ¡Oh hermano sargento! ¡quién pudiera colocar el corazon de piedra que me regalaste en el sitio donde está este corazon gerundianamente español que Dios me dió!

Y veo desde aquí la línea que divide el campo de las dos naciones, que cada dia se va haciendo dos deditos mas allá. Y cada vez que me acuerdo de los dos deditos que la línea sece para ellos y mengua para nosotros, no puedo menos de felicitar sincéramente al gobierno (que tambien el gobierno español se descuida alguna vez en hacer cosas buenas, y entonces Fr. GERUNDIO le felicita con sinceridad) por haber negado á una cierta compañía inglesa el territorio que pedia en las Islas Filipinas para cultivar el opio, porque pienso que si aquí á dedos allí habia de crecer á palmas la línea del territorio inglés. Decidlo sinó vosotros, chinos de mi vida, vosotros que acabais de ajustar la paz con el gobierno de la Gran Breraña, sometiéndoos á pagar á los comerciantes del opio seis millones de pesos y á cederles la isla de Hong Kong, que así lo he sabido hoy por el vapor *Oriental* antes de subir al peñon, y algo ha de saber Fr. GERUNDIO de mundo en el peñon de Gibraltar antes que se sepa en Madrid.

Españoles; ¿qué nuevas sectas son esas de *unitarios y trinitarios* que desde mi salida nuevamen-

te os dividen? ¿Todavía mas sectas, mas subdivi-  
 siones y mas partidos? Mucho me temo, herma-  
 nos, mucho me temo que os haga partidarios de  
 unidad ó de la trinidad mas la pasión ó el interés  
 que el convencimiento de la fria razon. Uníos pues,  
 mis amados compatriotas, con el deseo sincero del  
 acierto y del bien, y pienso que no será imposi-  
 ble os convengais en lo que sea de mas utilidad.  
 ¿Si viérais qué pequeños parecen los hombres de  
 pasiones mirados desde la elevada cumbre del pe-  
 ñon de Gibraltar! Y vos, hermano Baldomero, vos  
 que habeis hecho tantos servicios al pais, tantos  
 sacrificios por la patria que todos juntos formarian  
 una robusta mole tan grande como este peñon, vos  
 que habeis sabido domar hasta hoy las olas del  
 embrabecido mar de la política y la guerra, estre-  
 llándose en vuestro patriotismo como se estrella  
 ante esta enorme roca las del mar que la azota  
 inútilmente de continuo, ¿habiais de faltarla en las  
 nuevas tormentas que parece amenazarla y llevan-  
 do á cabo vuestro indicado plan de retirada si la deci-  
 sion de las cortes no fuere conforme á vuestro dictamen  
 particular, resintiéndoos de ello como si no tubiéseis  
 un alma tan grande como la que teneis? Ah! No  
 hagais, hermano mio predilecto, porque me pa-  
 rezca pequeño desde el peñon de Gibraltar quien  
 hasta ahora tan grande me ha parecido. Oh qué  
 grandes parecen desde aqui los hombres generosos!  
 ¿qué grandes parecen los que saben hacer el sac-  
 rificio de sí mismos, cuando es y menester! ¿qué  
 grandes parecen los que nunca abandonan á su pa-  
 tria! ¿qué grandes parecen los hombres esentos de  
 ambicion como vos hasta hoy habeis mostrado  
 ser! Yo no sé hermano mio, yo no sé ni me atre-  
 vo á decidir desde esta pelada roca de parte de quien  
 deberá estar el sacrificio de su opinion, si de par-  
 te de los que sostienen la unidad ó de parte de los  
 que sostienen la trinidad; punto es este en que co-  
 mo decia nuestro padre San Juan Damasceno: *nes-  
 cio, non valeo, non sufficio*; no tengo luces para

juzgar: pero si se que de parte de quien haga el sacrificio de su parte estará la grandeza y la longanimidad. Y vosotros, viejos niños, vosotros protestantes del senado, que gastais pelucas de ancianos y pluma de chiquillos, vosotros los diez y siete senadores que habeis dirigido al cuerpo conservador esa reclamacion y protesta de 27 de marzo contra la calificacion que de las mayorias de aquellas cortes de las *Ruedas de Molino* hizo el manifiesto de la Regencia de 21 de noviembre, dejad, (os) suplico, de encender cenizas que os conviene mas esten apagadas. Daos por satisfechos y contentos de haber librado de la chamusquina tan sanos y salvos como librasteis, cuando temiais que se iba á desplomar sobre vosotros el peñon de Gibraltar. No seais niños, hermanos ancianos, no seais niños, no lo meneéis por Dios, porque me temo que ha de ser peor meneallo; y os lo digo con palabras de caridad y amistad, porque cuento entre vosotros los protestantes de la protesta algunos amigos á quienes quiero bien, sin que esto sea decir que á ninguno de vosotros quiera mal, que ni ER. GARRIDO quiere mal á nadie, ni menos pudiera faltar á la caridad cristiana en este santo tiempo cuaresmal. Aprovechad tambien vosotros, hermanos padres este tiempo para arrepentiros, y decid conmigo de lo íntimo de vuestro corazon: «Señor Dios mio, en quien creo, en quien espero, á quien amo, mas que á mi vida, mas que á mi alma, mas que á todas las cosas, permitid, Señor Dios mio, que á quien directa ó indirectamente renueve, siempre, introduzca la cizaña de la discordia en nuestra amada España, le caiga... le caiga... le caiga encima el peñon de Gibraltar. Amen.

Editor responsable, F. de S. Fuentes:

MADRID:  
IMPRENTA DE MELLADO, calle del Sordo, n.º 14